

DEMOCRACIA Y TÉCNICA, HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE LA ÉLITE ANTIOQUEÑA EN EL SIGLO XX¹

FEDERICO GARCÍA¹

Resumen

En el plano internacional, las élites económicas han venido asumiendo el control político sin necesidad de estar tras bambalinas, contrario a como lo hicieron desde la consolidación de los estados nacionales, el capitalismo y las democracias occidentales modernas. En lo que respecta a lo regional, las élites han representado un papel contrario; es decir, en Antioquia se pasó de un involucramiento directo, donde se compartían los mismos nombres tanto en la industria, el comercio y la política, a convertirse en actores políticos en la sombra. Este artículo es un recorrido panorámico desde la teoría política, que

¹ Profesor Facultad de Educación. Magíster en Estudios Humanísticos, licenciado en Educación UNAULA, doctorando en Ciencias Humanas y Sociales.

busca mostrar cómo ha venido aplicándose la técnica como herramienta de dominación y mantenimiento de las élites, transformando el concepto de democracia, enfocándonos someramente en el caso de Antioquia, lo que implicará hacer un breve barrido de las mismas características que se han dado para la consolidación de las mismas en Colombia.

Introducción

El macizo cultural antioqueño, o de la montaña, se ha convertido en una fuente de investigación recurrente entre los estudiosos de las ciencias sociales, y si bien pueden detectarse docenas de motivos, uno de los que más luce es la condición dominante que el área señalada ha tenido en términos económicos. Esto último, lleva a la pregunta relativa por la producción o administración de riqueza que transita desde lo económico al plano político cuyos actores van configurando una élite que orienta los destinos de la región.

La industrialización, el comercio, la minería, la banca, y todos esos elementos de la vida diaria que han hecho famoso el sino de los antioqueños, constituyen puntos cardinales de estudios desde diferentes ópticas en los últimos años. En las investigaciones desarrolladas, podemos encontrar menciones a comerciantes, hombres de negocios, caballeros de industria, entre otros, sin embargo, el concepto de élite entendido como esa minoría que guía los destinos de la mayoría, y que además suele resultar antipático, sólo se ha profundizado por parte de la academia en los últimos veinticinco años.

Comprender la élite, o las élites, es tan importante para una comunidad, como que se trata de poner sobre el tapete las minorías dominantes, y eso no significa menos que evidenciar quién, o quiénes, se han venido blindando socialmente para así garantizar su prevalencia, actuando desde el interés particular en detrimento del bien general.

Estudios desarrollados en Antioquia a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, muestran unas tendencias claras en lo que respecta a las características culturales del antioqueño, esas tendencias permiten observar cómo se han desarrollado, así sea tímidamente, procesos de dominación por parte de un grupo minoritario, pero, además, cómo se han conformado esas élites. Más allá de los estudios existentes, es pertinente esquematizar las conductas de dominación percibidas fácilmente, desde el contacto directo, que a partir de datos extraídos pueden resultar engañosos, por su lejanía y el riesgo que existe al plantear cuestionarios a quienes tienen intereses involucrados.

Al respecto de lo anterior, se tienen indicadores que demuestran la influencia de las élites sobre la política: entre 1780 y 1810, el 86% de los funcionarios del cabildo de Medellín eran mineros y comerciantes (Correa, 2000, p. 78), es decir, quienes conformaban las élites de aquel entonces. En adición, se han podido determinar algunos de los rasgos distintivos de esas élites:

Tendencia hacia el trabajo material y manual, orientado hacia resultados útiles [...], tendencia que fue una de las principales características de la élite minera antioqueña en la que se percibía al trabajo como más productivo y rentable que la “vida parasitaria de los terratenientes y mineros tradicionales (Correa, 2000, p. 75).

Con el correr del tiempo, esas élites fueron transformándose; un nicho de desarrollo económico se presentaba ante los ojos de los comerciantes y mineros, que a partir de la acumulación de riquezas comenzaron a centrar sus intereses en la inversión de esos capitales. Entrado el siglo XX, las élites sumarían la banca y la industria, a lo que inicialmente era minería y comercio. (Restrepo, 1988, p. 36)

Hasta aquí, hemos intentado hacer una aproximación contextualizada, hacia los vínculos económicos y políticos, que se gestan en la con-

solidación de una élite antioqueña sujeta a transformaciones y cambios de acuerdo a un modelo más de carácter impositivo que propositivo, en síntesis, siguiendo a Bobbio, podemos diferenciar entre “las élites que se imponen de las que se proponen” (Bobbio, 2014, p. 34). Dicha imposición de una élite privilegiada obedece precisamente a unos condicionamientos de tipo económico, político, ideológico e incluso tecnológico que otorgan poder a un grupo en particular.

Recorriendo este mismo camino, para entender la transformación de las élites, Carl Schmitt afirma que estas cambian de manera constante más allá de transferir el poder de una élite a otra, pues se trata de una mutación que va en el orden de sus valores y creencias, adaptándose a las condiciones impuestas por el medio que al final ellas mismos imponen. La motivación de esa mutación en el cuadro de valores se presenta, de acuerdo con Schmitt, en la amenaza incidental que tenga el *statu quo* de las élites. Y, esa condición se ha dado de forma drástica cuando existen cambios tecnológicos imperantes sobre el medio. Cambios que pongan a prueba la estructura social. (Schmitt, 2016, p. 120)

El cuadro de valores de las élites, cambiante desde lo tecnológico, se ve inmerso en una doble implicación. El asunto de lo tecnológico no puede apenas mencionarse o rodearse, hace parte activa de la mutación, pues las élites se condicionan por la aparición de tecnologías que son creadas por ellas mismas; las prerrogativas que ofrece la tecnología llevan a la asimilación de nuevos valores, pero igualmente a la aparición de nuevas élites:

A través de estas tecnologías, tal relación ya no es más una prerrogativa exclusiva de las élites que contaban con una organización de masas, sino que les resulta accesible incluso a otras élites que, si bien estuvieron históricamente privadas de esa organización, disponen hoy en día de los recursos necesarios, en primer lugar, financieros, para controlar el vasto circuito de la comunicación promovido por esos medios (Fabbrini, 2009, p. 64).

Se tratará, entonces, de los medios promovidos por las élites, que servirán de instrumento para la inserción de valores que, al devenir de dinámicas económicas y tecnológicas, resultarán, en una relación de doble vía, auspiciados o liderados por una selecta élite que posea las condiciones necesarias para participar en la toma de decisiones fundamentales. Así, los valores socioculturales establecidos a partir de un ámbito central y la constitución de una élite dominante, serán factores indisolubles en la organización sociopolítica de determinada época o periodo histórico, como lo veremos más adelante. Entiéndase aquí, el ámbito central como el lugar predilecto de un pequeño grupo, donde al tomar decisiones fundamentales se afecta consecuentemente la vida de quienes participan de una determinada comunidad política, dichas decisiones son consecuencias de actos políticos que permean, además, asuntos económicos y que operan como una constante opresora. De esta forma, la invención del ámbito central o dominio por parte de la clase privilegiada o élite dirigente, pasa por la elección de los medios, los fines de los fueros y privilegios que les otorga el Estado, tales como el manejo de la política económica. De la anterior manera, y siguiendo el hilo de Fabbrini, “no debe sorprender, por lo tanto, que las nuevas tecnologías de la comunicación política hayan neutralizado la ventaja competitiva, que los grupos sociales más débiles habían conquistado, organizándose en torno a grandes partidos de masas” (Fabbrini, 2009, p. 64.)

Las élites y las decisiones fundamentales

Cada época está marcada por unas características determinadas, un “ámbito central”. En el siglo XIX, ese ámbito, está dado por lo técnico y es sobre él, como área del conocimiento, que se vuelcan las decisiones fundamentales, lo demás, lo religioso, simbólico, moral o parental, ineludiblemente pierde, no solo interés, sino valor denotativo, tanto por, como

para las élites; en efecto, se debe saber cuáles son esos ámbitos centrales o dominios circundantes en un tiempo dado. De esta manera, las demás áreas pueden incluso permanecer como fachada de ciertas actitudes sociales, que en adelante serán percibidas como accesorias.

El pensamiento de la élite, entonces, es el que define cuáles son esos ámbitos centrales y procede a desarrollar los dispositivos para tomar el control en las decisiones fundamentales, que en su momento preciso configuran un hito o dirección de los actos políticos.

[...] como decíamos: todos los conceptos y representaciones de la esfera espiritual, Dios, la libertad, el progreso, las ideas antropológicas de lo que es de una naturaleza humana, la publicidad, lo racional y la racionalización, y en último término tanto el concepto de la naturaleza como el de la cultura misma, todo esto obtiene su contenido histórico concreto por su posición con respecto del ámbito central, y no se puede entender sino es por referencia a él (Schmitt, 2016, p. 115).

Así, las élites buscarán apropiarse del atributo de tomar “decisiones fundamentales”, en lo relativo a un ámbito central. Según Schmitt, el objetivo concreto de esos ámbitos centrales ha cambiado a lo largo de los últimos cinco siglos, de lo teológico a lo moral, de lo moral a lo económico y de lo económico a la técnica. Las élites en cada momento han sido detentoras de los valores y atributos que caracterizan al ámbito central de esa época, religioso en la actualización teológica o ingeniero en la época de la producción técnica, pero sobre todo siempre mediante la cooptación del Estado, pues:

es sobre el Estado el que adquiere su realidad y su fuerza a partir de lo que en cada caso constituye ese ámbito central ya que los temas en litigio que marcan la pauta para las agrupaciones de amigos y enemigos se determinan igualmente por referencia al ámbito de la realidad que es el decisivo en cada caso (Schmitt, 2016, p. 114).

En todo caso, con respecto a las esferas del Estado, el poder de la élite que comanda las decisiones fundamentales buscará rebajar el sentido y disminuir el alcance, que, de tales ámbitos, puedan tener los gobernados. En muchos casos se trata del debilitamiento con respecto a los ámbitos centrales de la masa, pues el espectro de decisión proviene exclusivamente de la élite; aunque se mantengan ciertas formas legitimadoras como el voto, cuando el ámbito de relaciones de poder hace tiempo migró de las consultas electorales y de la democracia liberal burguesa, para establecerse en los gabinetes empresariales e intereses foráneos de las compañías de multinacionales.

Las preguntas relativas a lo político irán desapareciendo tras la cortina que se urde en los medios tecnológicos, los intereses del público se manipulan y enfocan hacían las pequeñas causas, que en nada tienen de incidencia suprema en el diario vivir de las bases, pero que sirven de distractores para eliminar del panorama los problemas fundamentales de la sociedad. La democracia queda convertida en una obra de teatro, una puesta en escena que funciona para ocultar las necesidades esenciales y no resueltas de la población, a quien se le hace creer que la valiosa democracia será la respuesta que le permita acceder a sociedades de bienestar.

Ahora bien, en términos de aquello que resulta de la imbricación entre técnica y democracia, la primera también funciona como termómetro social, indicando cuándo las apetencias del público exigen un mayor o menor grado de democracia, y facilitando a las élites un cómo, para aplicar esos niveles de participación que buscan ser escenificados para distraer los intereses del público. Es así como, con respecto a la democracia o principio democrático, priman en la época los intereses del ámbito tecnológico:

ningún invento técnico importante ha permitido evaluar cuáles van a ser sus efectos positivos políticos. Los inventos de los siglos XV y XVI tuvieron un efecto de liberación, individualismo y rebelión: el invento de la imprenta condujo a la libertad de prensa. Hoy día los inventos técnicos son medios para una inaudita dominación de las masas, la radio se ha vuelto monopolio, el cine ha generado la censura. La decisión entre libertad y servidumbre no está en la técnica como tal, la técnica puede ser revolucionaria y reaccionaria, servir a la libertad y a la opresión, a la centralización y a la descentralización, de sus principios y puntos de vista puramente técnicos no parten preguntas ni respuestas políticas (Schmitt, 2016, p. 119).

De acuerdo con lo anterior, la aparente neutralidad de la técnica se debe quizá a que en los primeros tiempos de su despliegue no fuera cooptada por la política, pero que para el siglo XX se presenta como el ámbito central de dominación y en ese sentido su neutralidad, peligrosa, es usada como una manera de despolitizar o mantener al margen a los gobernados de la esfera en la cual se toman las decisiones sobre los destinos de las sociedades.

La técnica se había presentado como un asunto neutral, incluso, en un comienzo lo parecía per se, imponía la idea de una sustancia que estaba flotando en el aire, absolutamente democrática e igualitaria a la que todos tendrían acceso, 1. grupos significativos de individuos se percataron de que el dominio sobre la técnica les serviría para sobresalir de la masa; 2. esos grupos significativos no se conformarían con sobresalir, ahora querrían pasar a ser parte de la élite; 3. sin ingenuidad alguna, esos grupos dejarían de hacer parte para pasar a sustituir las élites y convertirse en una nueva élite detentora de los conocimientos que le permitirán la manipulación de la técnica; 4. de la mano de la nueva élite aparecerá una nueva masa, conformada por ciudadanos conformes con los aparentes beneficios ofrecidos por la técnica, pero, sobre todo, se tratará de “nuevas

masas ajenas y hasta hostiles a la cultura y al gusto tradicionales” (Schmitt, 2016, p. 119–120).

En ese orden de ideas, el ámbito central donde las élites irían a afianzar su poder en el siglo XX es el de la técnica, la cual pierde su neutralidad al convertirse en la condición de posibilidad del acceso y mantenimiento del poder político.

Construcción de la élite en el complejo cultural antioqueño

Hasta aquí, hemos hecho una lectura de la incidencia de técnica sobre el cambio social, desde la historia podría afirmarse que nada de novedoso tiene aquello, si lo que buscamos es demostrar que la estructura social aparece como el resultado de una progresión y desarrollo de la técnica. Dos cosas deben afirmarse al respecto:

1. Desde la revolución neolítica, cuando el hombre aprende a manipular herramientas más específicas, pequeñas, incluso delicadas, en el vértice del cambio del pleistoceno al holoceno, hasta la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, la técnica ha dominado el cambio social;
2. en el caso específico del complejo cultural antioqueño, y en virtud de su juventud, si se viese este en una línea de tiempo, puede observarse con mayor detalle la inserción de la técnica como mecanismo de manipulación social.

El segundo caso, nos pondrá en el escenario claro de un contexto relativamente joven: un extenso y complejo territorio, de unos cuarenta mil kilómetros cuadrados, colonizado en el transcurso de tres siglos por comunidades foráneas, y quienes edificaron un cúmulo de rasgos culturales que les han hecho particulares en el contexto nacional. En ese

territorio apareció una nueva élite, particularmente relacionada con el cambio tecnológico y que obedece a unas condiciones sustancialmente distintas de aquello que se asume como tradición; es decir, y parafraseando a Hobsbawm, inventando tradiciones para ser lucidas (Hobsbawm, 2012), en esa doble vía que implica el desarrollo de la técnica en un canal y la aparición y manutención de élites, en otro canal.

En el caso del radio superior al complejo cultural antioqueño (Colombia), la técnica como condición, o como conjunto de condiciones, fueron manifestándose de manera imperativa a medida que se iban sucediendo los conflictos internacionales. El empresariado industrial, en especial el antioqueño, fue inmediatamente posterior a la determinación de poder que significó el fin de la Segunda Guerra Mundial la clase que tomó las riendas de la economía en un ritmo creciente, con lo cual marcó la suerte y dirección que dieron lugar a la acomodación y posicionamiento de las clases dirigentes de la segunda mitad del siglo XX quienes configuraron la política y la sociedad de estas décadas. Particularmente, en Antioquia, es evidente cómo la industria se convierte en el “ámbito central” para las élites y desde allí –por ejemplo, la ANDI–, se toman las decisiones fundamentales. Al erigirse la clase industrial como la élite se llevan a cabo importantes determinaciones de índole cultural, es el ascenso de una clase nueva que venía germinando y que supo comprometer sus intereses con los del hegemonismo estadounidense que se encontraba en formación. La decisión fundamental a la que se refiere Schmitt parece ser el debate en torno a qué partido o ideología se tomará la técnica, esto es, la definición de quienes dentro del ámbito central del mundo tecnológico iban a ser los emisarios de las decisiones de poder o, en lenguaje de Schmitt, de las tomas de “decisiones fundamentales”.

Es evidente cómo tales transformaciones van tomando cuerpo en las sociedades políticas, sobre todo cuando toman la forma de conflictos bélicos que tienen consecuencias directas sobre las economías nacionales

y someten a las sociedades a una toma de decisión o alineación. Las repercusiones de tales enfrentamientos se vuelven rápidamente visibles en la configuración de sociedades periféricas. En Antioquia, la conformación de un grupo de industriales sella la alineación dentro del modelo de la tecnología como empresa, el dominio de un capitalismo tecnológico que, no obstante, su acogida por parte de cierta clase que venía preparándose para tomar las riendas, dejó por fuera a un amplio espectro de actores sociales que vieron cómo los dominios desde los cuales se marcaban y dirigían sus existencias iban alejándose y volviéndose cada día más ajenos y distantes.

El resultado, al margen de las consecuencias que la tecnología en esta versión dejaba en el nivel global, nihilización e impotenciamiento de las grandes masas², puede verse en sociedades como la antioqueña, donde se gestaron las condiciones para el surgimiento de una economía informal que se serviría de caldo de cultivo a los afanes comerciales que iban apareciendo, pero que como ya lo anotaba la antropóloga Virginia Gutiérrez en sus investigaciones de inicio de la segunda mitad del siglo XX, hicieron de la región antioqueña la plataforma para que el negociado de contrabando y luego de narcóticos en los intersticios de una economía que había logrado muy poco en cuanto a la racionalización y modernización de las relaciones empresariales, sobre todo en torno a los negocios y el mercado interno (Gutiérrez, 2000). Es notable cómo tales esfuerzos, donde los hubo en la vida social y económica de la nación, estuvieron enfocados hacia la profesionalización de los negocios internacionales, contrabando e informalidad, éstos fueron los rubros de mayor crecimiento en las décadas inmediatamente anteriores a la Constitución Política de 1991.

² Ver: Ernst Junger, *Sobre el Nihilismo*. Editorial Paidós, 1996.

En el contexto nacional, las profundas transformaciones que se vieron en la mitad del siglo XIX son efectos del cada vez más influyente acontecer de la política internacional. Pues, de acuerdo con los análisis de Schmitt, desde la crisis del estado de derecho manifiesta por la fallida revolución de 1848, surge la necesidad de apropiarse de mecanismos diferentes a la limitada participación parlamentaria, en el marco de sufragio universal, y de reconocer la complejidad del pluralismo en las configuraciones particularísimas de las sociedades políticas.

Lo que se observa aquí de cara al análisis que Schmitt realiza respecto a la Alemania del siglo XIX, puede extrapolarse a los diferentes ordenamientos políticos, que comenzaban a tener forma en Colombia bajo el modelo de sociedades llamadas partidos políticos. Así, la consolidación de una política partidaria buscó copar todos los espacios de acción social, el control del poder ejecutivo y la posesión legal del aparato de fuerza del Estado, en aras de obtener la legitimidad de la violencia, tales cambios estaban llamados a precisar las nuevas formas de legitimidad, que es el centro de la discusión entre Schmitt y Keler, en torno a los métodos de organización bajo un nuevo panorama:

No obstante, el simple cambio de circunstancias no constituye para Schmitt una fundamentación suficiente de la opción en favor del principio democrático, ya que las razones meramente históricas son, desde la perspectiva del propio Schmitt, algo condicionado, cambiante, inseguro. En último extremo no podían fundar con firmeza y claridad un Estado (Agapito, R. En: Schmitt, 2009, p. 14).

Allí donde la historia no puede fundar ya desde lo conocido, aparece la necesidad del ideario y del ideólogo quién se encarga de erigir la estructura que posibilite la construcción del mundo, esa que desde su capacidad visionaria puede hacer visible y posible. Es claro el influjo de las ideas alemanas y también francesas en los modelos que fueron

adquiriendo los principales representantes de la vida política y social en el Estado colombiano; la idea de la “Acción Fundamental” de Schmitt, por ejemplo, su concepto utilitarista de la democracia subyacía lenta y sutilmente a los cambios en las formas y los modos que iban tomando las acciones políticas: la objetivación del Estado trae consigo efectos que se van apoderando cada día más sobre la superficie de lo presente en materia de acontecimientos. Y en consonancia, aparecieron como impedidos por la necesidad histórica, los sujetos que habían de encarnar tales intereses y objetivos, y por lo tanto consciente o inconscientemente se aprestaban a tomarse de manera “democrática”. De acuerdo a la visión que de esta tenía Schmitt, sobre el control del Estado:

Durante el banquete en honor a reyes fue evidente que la segunda generación de los Cock ya había abandonado los rudos modales de los mineros de Marmato y se adaptaba al ritual de la clase alta, cuyos modales y gustos gastronómicos en la mesa, eran el mejor signo de la domesticación de los guerreros (Mayor Mora, p. 82).

Esta era pues la clase que en el escenario nacional y en medio de las transformaciones y sucesiones de cambio de siglo se iban posicionando para ser las clases dirigentes en las democracias de los países recientemente convertidos en Estados Nacionales y en procura de un perfil histórico que les permitiera entrar en el concierto de los negocios internacionales; era la clase que ostentaría el poder de tomar la “decisión fundamental, que subyace a todo Estado dotado de una identidad clara y precisa” (Agapito, R. En: Schmitt, 2009, p. 14) y ésta a su vez encontró en la clase emergente de la región minera de Antioquia los instrumentos necesarios para realizar el ideal democrático que se llevaría a cabo por medio de la voluntad de su clase dirigente, esto es, de la clase activa desde el punto de vista de la capacidad de tomar tal “decisión fundamental”.

Schmitt en muchos sentidos representa para la tradición alemana una continuación de la obra de Hollbach, quien ya había sido intro-

ductor de las ideas inglesas y francesas sobre la legitimidad del Estado en Alemania. Tales ideas no habían sido ajenas por completo al mundo americano en el siglo XVIII, pero para mediados del XIX provenían preferencialmente de contextos europeos, pues las profundas escisiones que sufrieron las sociedades americanas a inicios del siglo y la arraigada distancia del régimen colonial hacia las ideas críticas de la soberanía del monarca, hicieron que tales ideas no fueran reconocidas en sus caracteres endógenos sino que, por el contrario, siempre estuvieran asociadas a las formulaciones foráneas, que de manera muy recortada, acababan por llegar a los contextos de política nacional. Este rasgo en la constitución de los partidos políticos en Colombia sería fundamental para orientar gran parte de la actividad social en el siglo XX, marcando la vida política como un producto exótico y la profunda falta de identidad entre caudillos, líderes y el pueblo en general.

En el siglo XIX estas ideas en torno a lo político y al Estado se concretaron en la constitución de partidos políticos o idearios de nación en los cuales se pretendía agrupar los pluralismos de manera que los emisarios o responsables de la “decisión fundamental” es decir, las élites dentro de los partidos, se convirtieran en figuras públicas con el poder designar los destinos de las generaciones siguientes por medio de la política, y sus ámbitos de injerencia se irán expandiendo paralelamente a las decisiones fundamentales en lo económico cada vez van, en mayor medida, representando los intereses particulares de la clase y las familias que acceden a las posiciones representativas donde se tomarán tales decisiones.

En el complejo cultural antioqueño, particularmente, se dio una dialéctica fractal de dos clases escindidas en múltiples e infranqueables abismos de diferencia y esclavitud —como un espejo distorsionado de la igualdad y la libertad de que debía haber partido—, hasta en el seno mismo de las ideas constitucionales más esenciales de construir un estado nacional meramente moderno, tales como la tierra, los privilegios, la

naturaleza de la conveniencia política e histórica de los sujetos sobre el territorio donde nacieron y desde el cual son testigos del desarrollo de las ideas, las técnicas y con ellas, de acuerdo a su capacidad de acceso, se abrieron campo en la participación de la construcción del mundo.

De esta manera, el acceso se convertiría en la gran piedra de toque de la política y el poder en la nación. Casi un siglo entre el XIX y el XX de guerras, sucesiones, contemporizaciones, improvisaciones, polarizaciones falseadas, etc., llegaron a filtrar el centro de aquellas dicotomías superficiales que se experimentaban en el trasegar histórico de la nación, regionalismos, derecha e izquierda, colores y razas.

El poder político y sus signos segmentarios y propagandísticos

Para el siglo XX la configuración política de la nación, de cara a las transformaciones globales que venían dándose en el terreno del comercio y la hegemonía, pusieron de manifiesto una acentuada diferenciación existencial entre quienes disponían de los medios materiales de subsistencia, en una sociedad de pocos recursos explotados, que sacrificaba gran parte de su potencial transformador y creador para el sustento y la producción de las necesidades superfluas e injustificadas de una clase privilegiada o élite que tasa con mezquindad las posibilidades de los subordinados de acuerdo con las estrecheces de sus miras y propósitos.

Los poderosos y privilegiados, en el caso de la región antioqueña —de vanguardia y emprendimiento para comienzos del siglo XX—, siendo primariamente los herederos de grandes capitales mineros, transmutaron a comerciantes e ingenieros quienes se unieron en torno a los partidos políticos y los partidos en torno al poder. El poder, como la llamita que mantiene cautiva a la chapola negra, está oscurecido para el pueblo sin posibilidades de acceso directo, sino que el poder es conocido a través del dominio y sus formas externas, con una ficción kafkiana. Las élites

colombianas de influencia antioqueña cada vez se vuelven más inalcanzables al paso que sus iniciativas se van haciendo más estrechamente vinculadas al capital y a la tecnología, en esa misma medida se van separando más sustancialmente de las realidades del país o de los negocios del estado del interior.

Entonces, en este punto, los medios se convierten en el vínculo entre esos mundos coincidentes espacial y temporalmente, dos mundos extrañados y separados por unas influencias: el del poder o élites y el de los impotenciados; entre quienes pueden tomar decisiones significativas y fundamentales que son cada vez más decisiones de índole económica, y quienes tienen, por medio del banco y de las instituciones económicas, mecanismos efectivísimos de control, de acuerdo a la tasación de sus “decisiones fundamentales” por medio de pagos y créditos, adelantos y compromisos, que fijarán en adelante, una vez firmados y pactados, los términos de la deuda, la dirección e intensidad de sus acciones o decisiones.

El poder mismo se interpreta de diferentes maneras según la perspectiva que se tenga desde una u otra posición; para aquellos, los que nunca han tenido ningún problema con las decisiones aperturistas de la política nacional y no entienden verdaderamente cómo alguien puede estar en contra de ciertos tratados aduaneros que le posibilitan adquirir con mayor facilidad más tecnología, más información y con base en ellas desarrollar con mayor efectividad el ideal del acceso y la toma de decisiones, el poder es capacidad y posibilidad.

Mientras para los otros, para los impotenciados, el poder es dominio y subordinación, es la amenaza latente tras los diarios y las leyes, es la confabulación maléfica de los poderes divinos y terrenales para sabotear la libre disposición de los años y la voluntad, por eso odian el poder político que se los representa, tanto como ensalzan sus formas exteriores: la riqueza, la satisfacción de los deseos y el placer estereotipado. Los faltos de poder, de este poder democrático de tomar “decisiones fundamenta-

les”, se inventan falsas dialécticas en torno a campos vacíos para recrear la narrativa que los contiene y, de alguna manera, ocupar el lugar del privilegiado con respecto a otro u otros grupos sociales, a los cuales pueden vapulear, tanto o por lo menos en escala, como son vapuleados dentro de la dialéctica del poder y el no poder.

Y los poderosos, apalancados en los medios, les tiran carnadas dialécticas para que se vayan exterminando entre sí: las pasiones de las telenovelas y los juegos de fútbol mediatizados, como la antítesis entre rivales enconados, y los telenoticiarios, son una muestra fehaciente de que los medios tomaron la delantera en aquello que, de acuerdo a un estado en una versión moderna, le hubiera correspondido a la educación. Los medios se convirtieron en la educación del pueblo de una forma viciada. Si puede decirse históricamente para gran parte del siglo XIX, la política utilizó los medios de comunicación como estrategia publicitaria de las ideas nacionalistas, puede decirse, también ahora, que los medios se sirven de la política. La política en otras palabras ha pasado a ser un tópico de las noticias, un material potencialmente utilizable, para efectos de llenar los espacios mediáticos:

la forma estilizada en la que se presenta la noticia política incluye tres características básicas: la dramatización, la simplificación y la personalización del acontecimiento transmitido. Los complejos procesos históricos, institucionales y sociales que han provocado el acontecimiento y que condicionan sus resultados se simplifican de una manera inevitable, para ser ilustrados de un modo preferencial, como desencuentros dramáticos entre los líderes políticos, como confrontaciones violentas o maliciosas entre rivales que aspiran al poder (Fabbrini, 2009, p. 59).

La narrativa de los acontecimientos de cara a este panorama, de la configuración del poder, hace necesaria la utilización sistemática e intensa de los mecanismos de poder desde los medios, que remarca la antítesis

entre poseer el sentido o padecer el sinsentido; es decir, poseer el sentido histórico, la concatenación de la existencia individual y el despliegue de la historia se convierte en una característica del pensamiento de las élites: las élites son tal porque poseen un proyecto, una claridad meridiana acerca de los propósitos y los proyectos que se emprenden a diario, a diferencia del contenido vagamente caótico, con respecto a la naturaleza del Estado nacional en que se mantiene casi en su totalidad las clases populares, atrapadas en la inminencia de un acto de poder, su amenaza, que para ellos constituye su relación más íntima con la fenomenología del espíritu universal que se despliega tras los actos, las acciones y las decisiones que ellos justamente no toman ni están en capacidad de hacerlo.

Los contenidos para esa construcción superficial y omnipresente en el mundo ajeno a las élites, los presentan los medios tendientes a convertirse en el escenario de todas las actividades y actitudes públicas y privadas que antes pudieron tener el Estado o la familia, los medios se convierten por excelencia no sólo en el espacio de legitimidad sino de concepciones políticas, pasadas a un segundo plano, si en el ámbito de legitimación de todas las apetencias posibles que el poder pueda ofrecer, se convierte así mismo en la vida cotidiana en el árbitro de toda contienda y juez de toda causa.

Cerraremos afirmando que, en Antioquia y Colombia, la configuración de las élites ha estado determinada por dos elementos que se complementan: democracia y técnica. En el caso de la democracia, debe hacerse hincapié en la característica que ésta ha tenido para transformarse de la mano de las élites aparecidas a lo largo del siglo XX. Atrás quedarían las élites que le habían confiado a la tradición la convicción cerrada de una democracia transformadora de la sociedad, y se acentúan los grupos dominantes que utilizan esa tradición para diseminarla utilizando las herramientas ofrecidas por la tecnología, en ese panorama, el poncho y el carriel superan el escenario de lo simbólico aglutinante en

términos cosmogónicos, para convertirse en fetiches –del mismo corte y talante del fetiche económico–, que fungirán como instrumentos de manipulación para, si bien crear cohesión, hacer de ésta el garante de un proyecto de dominación.

Bibliografía

- Agapito, Rafael. (2009) Introducción En: El concepto de lo político 11–38. Alianza Editorial, Madrid, 2009.
- Bobbio, Norberto. El Futuro de la democracia. Fondo de Cultura Económica, México, 2014.
- Correa, Juan Santiago. Minería y comercio, las raíces de la élite antioqueña (1775–1810). Memoria y Sociedad, 65–87, 2000.
- Fabbrini, Sergio. El ascenso del príncipe democrático. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2009.
- Gutiérrez, Virginia. Familia y Cultura en Colombia. Ed. Universidad de Antioquia, Medellín, 2000.
- Hobsbawm, Eric. La Invención de la Tradición. Editorial Crítica, 2012.
- Mayor Mora, Alberto, Cabezas duras y dedos inteligentes. Estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1997.
- Restrepo, Manuel. Comerciantes y banqueros: el origen de la industria antioqueña. Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República, 31–53, Bogotá, 1998.
- Schmitt, Carl. El Concepto de lo Político. Alianza Universidad, Madrid, 1991.



Ilustrador:
JUAN ERNESTO CORREA RIVAS